

LECCION DE UNA VIDA: Severino Aznar

Año de cierre de cuentas el de 1959, para el grupo de sociólogos españoles, pioneros de la acción y la doctrina social. Como si íntimamente unidos en la lucha, en una conspiración simpática de veteranos, hubieran querido darse cita allá, donde se vive en eterna juventud.

Se nos han ido los caballeros de la sociología; los elegantes aun en el luchar; los que en lo más violento de la polémica sabían conservar un estilo de caballeros medievales, con denuedo, pero sin perder las formas; con valentía, como quien está persuadido de la justicia de su causa, pero con comprensión para los embobados con la doctrina marxista, con sus promesas de halago, o para los beati posidentes de arriba, con miedo a que se abrieran portillos en su muralla de la propiedad privada. Dios reparte sus dones, y sin duda fueron notables los de la inteligencia y corazón de estos adelantados en lo social: Leal, Sangro, Minguijón, Martínez Alvarez, Aznar... No soterraron los talentos; negociaron limpia y denodadamente con ellos y gracias a su conducta podemos gloriarnos hoy de una página meritoria de la historia española; una digna galería de retratos que merecen figurar ad perpetuam memoriam.

Entre ellos, en parte como uno más, pero reconocido por los restantes como el iniciador, el guía, el maestro... D. Severino Aznar. Es ponderativo el modo cómo hablan de él los de su generación y de su ramo: «Sin él como centro de atracción y de impulso —dice Sangro— no sería posible hablar con sentido de lo que ha sido la acción social de nuestros años largos del siglo que promediamos. Es Aznar la personalización de un ingente esfuerzo por prever, por prevenir, por evitar, por combatir y ofrendar sacrificios y vidas al imperio de la doctrina social de Cristo en un país fácil para hacer caridad, tardo, perezoso para hacer justicia social». Minguijón, afirma sintéticamente que «Aznar cristalizó en sociólogo y no tardó en alcanzar el renombre de maestro consagrado». León Leal, más efusivo, le apellida «egregio maestro de maestros en Sociología... Su nombre, puesto en la cumbre de la vida, es todo un símbolo de catolicismo, de españo-

lismo, de ciencia, de amor a los hijos del trabajo y de inagotables afanes de justicia y de progreso social para la Patria y para la Humanidad».

* * *

Cuando cumplió D. Severino Aznar los 80 años de edad, los amigos y los admiradores se volcaron en la prensa para testimoniarle el afecto sincero y el reconocimiento por una vida indudablemente fecunda, que juzgaban había rendido al máximo. Por otra parte temían que estuviera a punto el momento de llamarle el Señor al descanso y goce del premio justamente merecido, a nuestro juzgar humano. FOMENTO SOCIAL se asoció al coro de alabanzas y reconoció sus méritos como precursor magnífico de nuestro catolicismo social.

Hoy quisiéramos, como lección de una vida, presentarle fiel seguidor de una vocación, de un camino que se iluminó de repente, no cegándole la luz, pero sí apuntando un horizonte en el que no soñaba. Su Damasco fué Tarazona. Oigámosle describir el momento: «En 1904 era el Dr. Salvador y Barrera Obispo de Tarazona, y fui yo a aquella pequeña ciudad episcopal a pasar con mi familia el verano. Eramos ya amigos antiguos, y habíamos sostenido larga y afectiva correspondencia, pero el trato diario durante tres meses depuró y robusteció nuestra mutua estimación. Un día me dijo:

—He mandado llamar a todos mis arcepreses para que oigan a un eminente sociólogo, al P. Vicent. Quiero prepararlos para una gran cruzada, para la acción social; y no hay en España quien pueda hacerlo con más autoridad que ese ilustre jesuita. Venga V. a nuestra asamblea.

Y fui. Aquella asamblea decidió de mi vocación y de los futuros destinos de mi vida. Las perspectivas de reforma social y de apostolado popular que en ella mi venerado maestro, el P. Vicent, me había entreabierto, llenaron y acalararon mi espíritu, poseyéndolo absoluta y plenamente... Lo que estudie y leí, lo que escribí, lo que enseñé en las cátedras, lo que divulgué desde el periódico, la revista, el libro o la conferencia, mi actividad, mis ilusiones, mis afanes, mis pobres luchas, todo ha sido un tributo al ideal que ví relucir en aquella Asamblea a que el Sr. Barrera me invitó. Es probable que sin él mi vida hubiera tomado otros rumbos muy distintos». Aquel lenguaje del P. Vicent, más que de concatenamiento de ideas, de sugerencias y anécdotas cautivadoras, que llamaban a una nueva Cruzada para rescatar el Altar de Cristo profanado: el alma del pueblo, a él le orientó definitivamente: «Todos buscan un ideal que llene su vida; yo le encontré en el catolicismo social».

* * *

Sin duda que Dios le esperaba allí, derribándole de sus ilusiones mientras se preparaba para la cátedra o el bufete con el flamante doctorado de Derecho; porque tenía cualidades para lo que le llamaba o, previendo su generosa entrega, se las había de conceder generosamente.

La preparación intelectual era envidiable, con la base de la formación filosófica y teológica, cuyos estudios había completado con brillantez y que dieron un peso inamovible a su fe: «Yo creo en el siglo porque creo en la vida; y creo en la vida porque creo en Dios». Su palabra fácil y amena, la pluma ágil, la argumentación vigorosa, la polémica persuasiva, la tenacidad aragonesa iban a convertirle en un propagandista social de primera fila.

Con su serena inteligencia penetró hondamente en cada tema, con deducciones que era un adentrarse en el tiempo; y, debatiéndose en terreno tan resbaladizo, no tuvo concesiones fáciles a la demagogía.

Esa serena claridad le permitía hacer fáciles los problemas más delicados. Leyendo sus páginas, que corren sin violencia, como si a la primera le hubiera ocurrido la palabra para cada sitio, deja la impresión de que todo le brota sin esfuerzo, aun cuando en él suponga serio estudio y meditación reposada y empeño logrado en hacerse comprender. Un entendimiento discurrendo con serenidad y una imaginación que busca y da con la imagen expresiva que embellece el escrito, con esa seducción maravillosa, de que habla Inocencio Jiménez en la presentación de uno de los libros de Aznar.

Sus amigos le respetaban amándole; los enemigos, reconociendo que era peligroso polemizar con él: «Saben nuestros lectores que es firma de gran crédito en la prensa católica; sepan además que es firma que ha obtenido fama y respeto entre los distanciados y hostiles al catolicismo de acción» (I. Jiménez). El respetó también al enemigo y reconoció sus cualidades. Así se expresaba, por ejemplo, hablando de Pablo Iglesias: «Es el hombre metódico, perseverante, frío como un sajón, estratega sagaz, el gran organizador. Hace veinte años ¿qué eran los obreros de Madrid? Hoy, sus sociedades de resistencia imponen la ley a los patronos, y cuando fruncen el ceño, desconciertan a la autoridad y los ricos palidecen...»

Y respecto a los engañados: «Muchas veces serán tan responsables de sus errores, como de ser rubios o morenos ¿a qué, pues, tratarlos con odio? ¿a qué azotarlos con nuestra cólera? Queremos el bien para todos, y hasta cuando combatimos con dolor, pero con tenacidad, a un adversario, no buscamos su mal y su humillación, sino su bien».

Estudió en la vida, y del sucederse los acontecimientos extrajo sus buenas lecciones, y las vertió en oportunos comentarios. No fué su despacho una torreta de altura, con aisladores que amortiguan el ruido del exterior; o faro muy en alto lanzando sus haces luminosos barriendo las nubes. No, su despacho fué torre silenciosa de laboreo intenso, pero receptora fiel y fina de las inquietudes de las multitudes; puente de navío, puesto de mando de luchador —al fin y al cabo los movimientos los engendran grandes ideas—, dirigiendo con otros pilotos de parecido brío el barco de nuestra historia social por entre brumas y oleaje que no siempre levantaba el llamado enemigo y tenido por tal. Son más peligrosos por inesperados los golpes de costado que los que vienen de frente. En su discurso de entrada en la Academia afirma con baturra sinceridad: «Debo reconocer que fueron si no

más autorizadas, si más numerosas las censuras... Casi todos los dardos vinieron de las derechas españolas, a la sazón un poco fosilizadas y asustadizas». Por eso cabe afirmar que padeció persecución por la *justicia*; por defenderla, amparando al débil.

Fué escritor en vanguardia. Es otro de los secretos de su éxito. ¡Si estamos todavía debatiéndonos hoy, con aire de novedad, con lo que escribió él hace medio siglo, sobre el contrato de sociedad, la difusión de la propiedad, abusos del régimen capitalista, régimen corporativo...! «Su pluma vibrante ha roto la monotonía del pensar aburguesado, que se impone como una lección inoportuna. Ha penetrado en la masa más que nadie, y no ha habido labor de mayor alcance como no sea la labor del desfonde del P. Vicent» (Minguijón).

* * *

Sentida la vocación, hubo una entrega, un «sí» que no falló; ni con desilusiones, ni con depresiones, casi ni con tentaciones. Sintió alguna tentación de desvío; consintió en ella, porque venía a ser una distracción y un complemento. Con gracejo cuenta el fracaso: «Fué en los finales de siglo. Había escrito yo un cuento situando la acción en la India y dos siglos antes de Jeucristo. Se me vió la intención, comparecí ante un Tribunal militar —estaban suspendidas las garantías constitucionales— y los cuatro años de cárcel que me pedía se convirtieron en destierro...». Pero esto mismo le sirve para penetrar en la psicología del emigrado, y en el aprecio de la Patria cuando se está fuera.

Otra escapada fué hacia la novela. Colaboró en una revista de monjas con una novela por entregas; al cuarto número había provocado una escisión en la comunidad y hubo de abandonar la tarea. Otro de sus escritos literarios provocó un desafío, un duelo, que «como católico no pude aceptar».

La vocación sentida y seguida le eleva a la categoría de *maestro*. Es calificativo que le aplican todos sin distinción. Minguijón glosa el concepto así: «Una intuición social y un sentido de oportunidad... son la clave de sus grandes aciertos, de la eficacia de sus orientaciones, del tino con que señala los peligros y las desviaciones, de su fuerza educadora y de su táctica firme y segura contra el enemigo... Tiene el gran mérito de ser a la vez escuchado por el pueblo y saboreado por los intelectuales. Reune el celo del apóstol popular, el nervio del militante que arenga, la fuerza del juicio del crítico de ideas, la penetración del psicólogo y el sentido delicado del artista del estilo». Además de la influencia formal por sus escritos, fué catedrático renombrado en la Universidad, entronizado en ella mediante unas oposiciones serias y disputadas con contrincantes de valer. Catedrático en la Academia Universitaria de Madrid, en el Seminario de Madrid, en las Semanas Sociales. «Alguien —dice él, sincera y noblemente— me ha atribuido la iniciativa de estos Cursos o Semanas Sociales, y me apresuro

a hacer constar que no ha sido así. No quiero que me concedan honores que no he merecido...» Pero no es menos cierto que las Semanas Sociales hubieran desaparecido de no haberse puesto de acuerdo para impedirlo el P. Vicent, Rodríguez Cepeda y Aznar, desde las columnas de «La Paz Social», revista de empuje que de ellos nacía entonces.

Maestro-caudillo, que dice Sangro y Ros: caudillo de la causa social cristiana española; caudillo a justo título y unánime designio de la España de su época. Anticipándose, con la aguda percepción que caracteriza las inteligencias extraordinarias, y puesto en vanguardia para dirigir la lucha y vaticinar sobre sus resultados. «Por entonces, cuando la mayoría de los católicos no comprendían, o preferían no comprender lo que significaba la cuestión social» (Postius).

Caudillo-líder. Para entusiasmar y acaudillar se necesita ir por delante y hacer vibrar a los que le siguen; su palabra, brisa acariciadora cuando cimenta y se apresta al discurso, «se vuelve ventarrón del Moncayo y hasta aciclonado vendaval, cuando despliega la argumentación o en la polémica acaba arrollando al contricante o asentando para siempre las piedras sillares de las conclusiones de su pensamiento» (Sangro).

Luchador. Así le vieron los del recuerdo-homenaje a sus 80 años. Luchador con el ideal de una vocación, en un momento en que se necesitaba.

Luchador con brío físico y moral, curtido con los aires del Moncayo y cimentado en su recia fe cristiana, para, en los días salvadores de nuestra Cruzada, presentarse a las autoridades ofreciendo su persona a manejar un fusil en primera línea; y recibir, con pena honda, pero tenso el ánimo, la noticia de la muerte de tres de sus hijos del alma.

Su puesto estaba en Burgos, lanzando ideas. Fué nombrado jefe de la Junta para organizar el movimiento sindical, y Consejero de la Sección de Trabajo, en el Gobierno. Partidario y defensor del Seguro familiar —no del salario familiar, ni de las Cajas de Compensación— fué nombrado Director General de Previsión, trabajando en la redacción del proyecto de Ley sobre Subsidios Familiares. Y sin duda, la floración de leyes sociales que se siguió, tendría que reconocer en él el inicio, la siembra, el ir ganando ambiente, para después de los años, caer como fruto maduro, como especie de milagro repentino para quienes no interpretan la filosofía de la historia. «Pocos se dan cuenta de esa otra tarea suya formidable, de preparación y de captación para formar lo que ahora se entiende por «clima» de nuestra reforma social y especialmente de nuestra previsión social (Sangro).

* * *

Triunfó, siendo fiel a su vocación. A tiempos, la incomprensión sería cerrada, otros abierta la oposición; se mezclarían en su vida, mieles y hieles. Pero triunfó.

El año de 1950 fué para él de evidente prueba de cariño y reconoci-

miento por sus méritos en el campo social de la Patria. Los pueblos testigos, o de su nacimiento, de su niñez, o de sus primeros estudios, rivalizaron en actos de un homenaje que le llegó al alma, como lo afirmó repetidas veces en los improvisados discursos a que le obligaba el sincero volcarse de cada pueblo. En Madrid se aunaron los prohombres del pensamiento social y del Gobierno para testimoniarle el afecto y el rendido reconocimiento por lo bien que trabajó durante toda su vida. La Medalla de Oro del Trabajo, de un trabajo a un rendimiento al máximo, brillaba junto a la Gran Cruz de Alfonso el Sabio, la Gran Cruz de Isabel la Católica, la Medalla de la Vieja Guardia, la Encomienda con placa de la Orden del Yugo y las Flechas, la Cruz de la Orden de San Silvestre con que la Iglesia, sabiendo de su sentido cristiano, ortodoxia perfecta, cristianismo fervoroso sin desfallecimientos, ni dudas, su sociología católica, basada en el programa de los Pontífices en sus Encíclicas, le condecoró por S. S. Pío XII, dirigiéndole una carta en la que se ponen de relieve los méritos contraídos.

Los hombres reconocieron así la deuda contraída con Aznar; y le pagaron con aquello de que puede echarse mano, como representativo de una paga que no iguala al mérito. Dios es otra cosa; Aznar era reciamente providencialista; hablaba del dolor como de un bien, porque es expiación para pagar deudas con Dios; veía sereno los acontecimientos calamitosos de la Historia, pensando en la justicia de Dios, y pensando en que «como las agrupaciones humanas no tienen alma, ni vida transcendente, es aquí en este mundo, donde tienen que pagar sus crímenes». Pero Dios se reserva el premio para el descanso sin turbación, y él lo sabía, y lo vivía. Trabajó denodadamente con los talentos recibidos, y en la vocación que le apareció como mostrada por la mano divina. Y aunque, con humildad, nada confiaría en sus méritos, con sentido cristiano todo lo esperaría de Dios, dejando en buenas manos la recompensa.

* * *

«Ya en mis últimos años o días de mi vida —decía en la venerable vejez de los 80— quisiera morir teniendo la ilusión de que sigo dando la misión social desde estas páginas.» Hablaba de sus obras completas.

Sigue adocctrinando, porque sus escritos tienen perenne actualidad. Y quedará largo el recuerdo de este hombre, que abrió brecha en la muralla de la incomprensión, y allanó el camino pedregoso de lo social. Pero que con su entrega generosa está exigiendo postura de vanguardia en los teorizantes, y en los hombres de acción, «los elementos más necesarios y... los que más faltan en España...», traduciendo en actos, en la medida de lo posible y dando ejemplo social, las soluciones que da el catolicismo a los graves problemas actuales de la sociedad».

F. DEL VALLE